tantemente llenan de abrojos el camino de los desheredados. Quizá responde esto á que los dolores morales, los dolores de la inteligencia, son más insufribles que los relativos á las necesidades físicas; pero el hecho es exacto, y en él debieran fijarse los sentimentales para reducir á justos límites sus jeremíadas.

Para ellos, la lectura de Leonardo de Vinci puede ser de gran efecto educativo. Farinelli lo dice muy bien al final de su estudio: «Aun á quien, por las desventuras padecidas, el obstinado y temerario aventurarse en el mar del infinito, que no tiene por parte alguna horizonte, y la consideración impaciente del mísero destino humano—el fardo doloroso que á cada cual toca, las aflicciones reales á que por necesidad debemos someternos—, se inclina, doblado el cuerpo, á una concepción fatalmente pesimista de la vida, la obra y el pensamiento de Leonardo pueden quitarle algunos afanes: pueden enseñarle, cuando menos, á refrenar los deseos lacerantes é impotentes; á no extraviar la razón vagando por las eternas tinieblas; á retener, como felicidad única, nada difícil de conseguir, la actividad constante y tenaz en la esfera que Natura le ha señalado, sin atormentarse por excederla. Si de alguna parte puede venir una luz á nuestro caminar errabundo, vendrá del trabajo asiduo, no de la resignación indolente y supina.»

Miguel Angel, poeta

En el artículo anterior he hablado de Leonardo de Vinci, aquel coloso representante del enciclopedismo de los renacientes. Su nombre me hizo recordar otro, no menos ilustre, más conocido del vulgo, pero incompletamente conocido. Me refiero á Miguel Angel, arquitecto, escultor, pintor, cuyas obras, con todas sus imperfecciones, serán siempre el asombro de técnicos y profanos. Los eruditos—quizá no todos—saben que Miguel Angel fué también poeta; pero hasta ahora no le han dado en el Parnaso del siglo XVI el puesto que legítimamente le corresponde, sino que le han confundido con la turbamulta de rimadores de segunda fila de aquel tiempo. Contra este error, que es juntamente una injusticia, reacciona Farinelli (á quien ya hube de nombrar, á propósito de Vinci) en un penetrante estudio titulado del mismo modo que este artículo.

Para Farinelli, Miguel Angel fué, de todos los poetas del siglo XVI, el que, con Tasso y Tansillo, tuvo «más ideas en la cabeza y más sinceros y profundos sentimientos en el corazón». Su gran espíritu «inquieto, tumultuoso, continuamente

víctima de afectos violentos, no se parecía nada al espíritu de los experimentados, fecundos y vacíos versificadores de su época». Tuvo la cualidad más característica del poeta: escribía versos, no por seguir la moda, sino para desahogar su corazón, hallando en esto, á la vez, «un alivio y un tormento».

Pero como sucede á todos los que son, antes que nada, poetas por dentro, y tienen la mente rebosante de ideas, en Miguel Angel es siempre superior el fondo á la forma, y lo que le importa en primer término es aquél y no ésta. El caso es frecuente hoy en los poetas-filósofos de nuestro tiempo y en todos los que acuden á la literatura después de haber fecundado y enriquecido su pensamiento en el estudio. Con razón dice Farinelli que Miguel Angel hubiese necesitado «un arte que jamás fué concedido á los hombres, un arte intermedio entre la poesía y la escultura, que diese relieve al pensamiento y lo expresase poéticamente sin necesidad de cuidar el estilo y el idioma, el metro y la versificación».

Miguel Angel, como hombre de gran talento, tuvo conciencia de esa *inferioridad* suya, puramente literaria, y no daba publicidad á sus versos. «La poesía—dice Farinelli—es un soliloquio íntimo, que el vulgo no comprende.»

A pesar de esto, no tiene nada de extraño que Miguel Angel pensara alguna vez en dar publicidad á sus poesías, en cuya composición encontraba elevados goces intelectuales; pero ninguna se publicó en vida de él.

Si aceptamos la tan manoseada clasificación de la literatura en *subjetiva* y *objetiva* y consideramos como prototipo de la primera á la lírica, bien puede decirse que Miguel Angel fué uno de los

poetas más líricos que se conocen. Fué poeta, única y exclusivamente, de su interioridad, del mundo abstracto que en su mente llevaba, y que se diferencia mucho de nuestro mundo real. Por eso dice Farinelli que «exige gran fuerza de abstracción por parte del que intente penetrar su íntimo concepto y gustar las excelencias de su arte». Aunque sus versos son amatorios, no hay en ellos nada de las ternezas y sentimentalismos, de los discreteos y gracias de sus contemporáneos. Miguel Angel «ora y adora, prosternado en el altar de la Belleza que de Dios procede y á Dios vuelve, que se encarna en la mujer y en el hombre y que mueve, con mágico poder, la inteligencia y el corazón. Su amor exaltado es amor que nadie sabría concebir seriamente hoy día». Y añade el crítico: no me admiraría si alguno, al leer los versos de Miguel Angel, que «cargado de años y muy falto de salud, todavía arde y se consume en amores», llamase al *Cancionero* la obra de un viejo verde atormentado por seniles concupiscencias. «Así, con nuestro vulgar concepto de una vida vulgar, solemos entrar en el santuario de la vida y los sentimientos de los hombres de ánimo excelso, y profanarlo sin conciencia, con juicios villanos.»

Poco se sabe de la vida interior de Miguel Angel en sus años juveniles. Sus versos pertenecen, «no al alba, sino al crepúsculo vespertino de su vida». Es de presumir que escribiera poesías en la juventud, pero no han llegado á nosotros. Fáltannos con esto términos de comparación para juzgar de los cambios que se produjeran en el espíritu del gran artista y del camino que sigue la evolución de su literatura. Sin embargo, en lo que nos queda, puede observarse que, á medida que avanzan los años, muéstrase la musa de Miguel

Angel «más austera, más recogido y denso el pensamiento, de mayor intensidad el sentimiento religioso». En 1554 escribía él mismo á Vasari: «Diréis que estoy chocho y loco al querer seguir escribiendo sonetos; pero ya que muchos dicen que he vuelto á la niñez, he querido cumplir con lo que, según esto, me toca.» En otra ocasión dijo de sí mismo, con profunda melancolía: «Soy viejo y la muerte me ha arrebatado los pensamientos juveniles.»

Miguel Angel fué muy erudito. Conocía bien los autores de su tiempo, y no es difícil hallar rastro de ellos en las poesías. Pero no es un simple imitador, ni es, en sus afectos, un puro platónico, como Thomas y otros han pretendido.

El amor que le subyuga «no es pura abstracción, no es puramente ideal, no está todo él en las nubes, en la imaginación y en los sueños». Tuvo, con frecuencia, base real; pero se hace muy difícil discernir siempre con precisión, en su *Cancionero*, lo que procede de «la experiencia de la vida y lo que fué engendrado fuera del mundo real». Desde luego, la celebérrima Victoria Colonna, marquesa de Pescara, de tantos hombres amada, enamoró también á Miguel Angel; pero, á más de esto, revelan las poesías amores «más ó menos intensos, más ó menos castos, más ó menos duraderos» por otras mujeres. Entre ellas hay una hermosa boloñesa que, al parecer, reinó bastante tiempo en el corazón del artista. Pero ¡cosa rara! nunca da de esas mujeres señas físicas que permitan al lector representarse su figura.

La lucha entre los sentidos y el amor ideal se transparenta á menudo en los versos de Miguel Angel. Se revela como hombre apasionado, vehemente, pero también como hombre de espíritu

nobilísimo, que batalla contra las bajas pasiones de la vida.

Nótase en Miguel Angel, como en Dante, un intenso estudio de la Biblia, libro que leía en sus horas de mayor recogimiento. Fué apasionado de Savonarola en su juventud, y puede decirse que jamás se borraron en él los recuerdos de la caldeada oratoria del célebre agitador; pero fué sumiso á la Iglesia y á los papas. La Reforma protestante no alteró lo más mínimo su alma, serena en este respecto, no obstante ser tan tumultuosa en otros sentidos. En el fondo de su espíritu, en las soledades de su intimidad, en lo más profundo y subjetivo de él, reina paz augusta, tanto mayor cuanto más se acerca el fin de la vida.

Fué poco sensible á las bellezas naturales y á los acentos patrióticos, á diferencia de Dante, á quien dedicó dos sonetos, llamándole «estrella luminosa que todo lo esclarece». Y á pesar de sus grandes diferencias, no hubo poco de común en aquellos dos colosos del arte italiano, maestros inmortales de los hombres que tienen la expresión de lo bello como ideal de la vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

JULIO VERNE

Hace siglos que el saber popular ha declarado, en el sobadísimo proverbio «De gustos no hay nada escrito», el resultado de una experiencia que diariamente se repite y está al alcance de todo el mundo. Pero quizá no hay cosa en la vida á que mejor pueda aplicarse esa experiencia, que los gustos literarios, porque en ellos se cumple aún con personas á quienes, por su cultura especial, su encasillamiento de profesionales, tendemos á figurarnos como regimentadas y encauzadas en una dirección única del juicio. Que en materia de amor, de «afinidades electivas», nunca falte un roto para un descosido, no es cosa que debe maravillarnos, aunque, á decir verdad, á la vista de ciertos ejemplos nos maravilla y asombra; pero que los literatos tengan singularidades de apreciación y de gusto—no ya las que corresponden á direcciones teóricas de su arte, á doctrinas de las que dividen en cenáculos y escuelas, sino las que son fruto de estimaciones personalísimas, contrarias á la misma filiación teórica de quien las tiene—, eso sí que es cosa de gran curiosidad, por lo menos para los observadores superficiales. El caso es, sin embargo, frecuentísimo; quizá

lo raro sea la excepción. Lo que ocurre es que, la mayoría de las veces, los literatos (digamos, genéricamente, los intelectuales, para que no se crea que aludimos sólo á los que escriben literatura bella) ocultan esas preferencias personales por temor al desprestigio ó á la acusación de inconsecuencia. Pero si nos fuera dado escudriñar todas las bibliotecas y saber de todas las lecturas que se hacen cuando nadie mira, ¡cuántas contradicciones hallaríamos entre los gustos, ó ciertos gustos, de los intelectuales, y sus «profesiones de fe»! ¡Cuánto autor á quien creemos que han de despreciar, lo veríamos que constituye sus delicias en las horas de abandono al puro placer estético, sin mezcla de doctrina! Y en cambio, ¡á cuántos que no lo confiesan, como dicen lo confesó Ventura de la Vega, les fastidia el Dante!

Todas estas reflexiones se me ocurren con motivo del fallecimiento de Julio Verne. Seguro estoy de que, á estas horas, muchos críticos, muchos espíritus *superiores*, ó que quieren aparentar que lo son, habrán hecho ascos de las obras del fecundo novelista y habrán repetido lo que á no poca gente vengo oyendo hace tiempo: que Julio Verne es un escritor para niños y adolescentes; pero que, pasadas esas edades, depurado el gusto, elevada la inteligencia, sus libros se caen de las manos. No dudo que algunos de los que tal dicen son sinceros; pero no me atrevería á decir que lo son todos. Yo lo soy, y declaro que Julio Verne me encanta ahora como hace veintitantos años, cuando empecé á leer sus libros, y que su muerte es para mí motivo de profundo duelo. La idea de que vendrán otras Navidades, ú otros comienzos de año, y no veré en los escaparates de las librerías esos cuadernos de cubiertas azules,

verdes ó grises, con un grabado que sintetiza la nueva, maravillosa, ó simplemente entretenida relación de aventuras y empresas de la caballería andante geográfica, mecánica ó de otro género, me desconsuela tanto como pensar que ya no volveré á ver á uno de esos viejos amigos cuya charla agradable se ha hecho ya costumbre en nosotros, aunque no responda á nuestras más hondas é íntimas preocupaciones; uno de esos compañeros de paseo que no son ni vuestros colegas, ni vuestros correligionarios, ni vuestros colaboradores en la obra que absorbe vuestra vida, pero que no se hacen por esto menos necesarios y amables.

Y si os fuera ahora á explicar por qué sigue gustándome Julio Verne, no sabría bien qué deciros. Reconozco todo lo endeble de su obra: lo superficial de la psicología de sus personajes, el candor y, á veces, la vulgaridad de sus diálogos; lo arbitrario de sus tramas; lo folletinesco de algunos de sus argumentos (si bien declaro que estos son los que menos me gustan); lo irreal y fantástico de sus invenciones y *milagros* científicos. Todo esto lo sé, lo confieso, lo podría razonar; no lo defendería en una crítica literaria... *E pur, si muove.*

Aun por lo que toca á esos defectos, conviene decir que muchas gentes ignoran, ó han olvidado, que Julio Verne escribió todas ó casi todas sus novelas para el *Magasin d'Education et de Récréation,* célebre revista creada por Hetzel y Macé y dedicada á la niñez. Esto explica ya muchas de las cualidades de aquellas obras. Amoldándose á su público, como un pedagogo *(strictu sensu)* acomoda su razonar y su lenguaje al estado de los cerebros tiernos que educa y dirige,

nada tiene de extraño que diese á sus creaciones esos caracteres que le habían de conquistar la admiración de los muchachos del mundo entero, y que su pluma se cristalizase en los procedimientos y maneras que primero usó reflexivamente y á todo propósito. Que Julio Verne acertó en ese problema dificilísimo de escribir para la niñez—problema que tantos creen haber resuelto con error notorio por su parte—, lo prueba su éxito inmenso, uno de los más grandes de la historia literaria moderna. Pero vuelvo á mi tema. ¿Por qué Julio Verne gusta también á los que ya no son niños, á los que se dan cuenta de todos los defectos artísticos del autor de *La isla misteriosa?* Porque, antes, hablaba yo de mí; pero no soy el único. Podría citaros muchos casos: entre ellos, el de uno de los hombres más geniales, de cultura á la vez más enciclopédica y profunda que España tiene, un escritor é investigador cuyas condiciones científicas nadie negará, y á quien seducen las obras de Julio Verne. Yo lo he visto, tras muchos días de abrumadora labor intelectual, tomarse un descanso, y ese descanso dedicarlo á releer *Héctor Servadac, De la tierra á la luna,* etc., á título de verdadera *diversión,* de esparcimiento del espíritu, en que éste refrescaba sus energías, volaba libremente en el mundo de lo fantástico, y se preparaba á un nuevo período de severa investigación en cosas, á veces, secas y frías, de un realismo duro é inflexible. ¿Qué siente ese hombre cuando lee á Julio Verne? No lo sé, y me figuro que tampoco él podría discernirlo, razonando, justificando los motivos de su afición.

Y es que, en nuestras lecturas literarias, juega papel importantísimo un factor que nada tiene

que ver con el arte ni con nuestras filiaciones doctrinales; un factor completamente personal, ligado á nuestra vida propia, á nuestros recuerdos, á nuestras alegrías, á nuestras tristezas, á nuestras esperanzas y deseos, á nuestro estado de ánimo en cada instante, y en virtud del cual tenemos preferencia por obras cuyo escaso mérito no pondríamos inconveniente en reconocer, ó interpretamos de un modo singular las ideas de tal autor—haciendo una verdadera *producción* nuestra, distinta de la que hay en el libro—; ó bien aceptamos y rechazamos alternativamente este ó el otro género porque es, ó porque no es, el que entonces *entendemos* y *penetramos* con la intensidad necesaria para sentirlo y gozar sus bellezas, ó para forjarlas *con motivo* de él, en plena creación, de las que, como decía Vischer, hacen poetas á tantos que jamás escribieron una sola línea de literatura.

En el ejemplo que antes yo citaba, ¿será el contraste entre la rigidez y sequedad de la diaria labor y la libertad y jugo fantástico de las novelas de Julio Verne, lo que explicaría el caso? ¿Lo será un retorno á los años de adolescencia, un melancólico y dulce recuerdo del pasado cada vez más amable, un volar del espíritu hacia las alegrías, los goces cándidos y fáciles de los años juveniles? ¿Será esa necesidad, que parece muy común en los hombres, de dejar correr de vez en cuando la loca de la casa, de soñar, de perder de vista la realidad con que se codean, de dar pasto á ese anhelo, quizá heredado de generación en generación á través de los siglos y, por tanto, temporal y perecedero; quizá, como creen otros, esencial en la psicología humana? Hago estas preguntas refiriéndome al caso que cité, y al propio tiempo,

me las hago á mí y en mí pienso, no sin suscitarme cavilaciones hondas.

Yo sé que *uno* de los motivos que me hacen amable el nombre de Julio Verne, la aparición de un nuevo libro suyo, es el recuerdo de mi adolescencia, pasada á orillas del Mediterráneo, bajo el cielo azul del país levantino, inundado de luz, en que los inviernos son otoños dulces, bañados constantemente por un sol que caldea la piel; la evocación de aquel afán febril con que, recibidos los aguinaldos, corría yo á trocar las monedas de plata por nuevas novelas de mi autor preferido, que luego iba á leer en el muelle solitario, silencioso en su día de fiesta, frente á la hermosa bahía centelleante. Vigorosa, la evocación me hace sentir de nuevo lo que entonces sentía y me halaga por un momento con la ilusión de que, interrumpida la lectura por la hora de la comida, que cae del campanario de la colegiata y se repite en los ecos de las peñas costeras, voy á ver, como los veía entonces, á los que ya duermen el sueño eterno, mezclados al polvo de mi patria, en el silencioso, tranquilo, cementerio provinciano...

Pero hay algo más que me seduce en las novelas de Julio Verne, y que no es del mundo de mis recuerdos, sino que está en ellas mismas. ¿Qué? En mis anhelos, en mis deseos de serenidad, de equilibrio, de sujeción á la disciplina de lo real, la consideración de esto me sugiere, á veces, el recelo temeroso de si aun quedará en mi espíritu algo de la fantasía aventurera, quijotesca, de la raza, que tantos males nos ha traído; tiemblo al pensar si, no obstante todos los esfuerzos hechos para ahogar en mí ese atavismo—que quizá es, también, un prejuicio, un sueño, una leyenda de la historia—, él sigue latente en mi alma y resur-

girá algún día, arrastrándome como á tantos otros creo que arrastra. Y entonces, me rebelo contra ese persistente goce que hallo en las aventuras fantaseadas por Julio Verne.

Luego, reflexiono que quizá es un bien. Puede serlo como desahogo, como derivación de un estrato antiguo de raza, que ya no produce efecto en la vida real y se contenta con la vida imaginativa; lo podría ser también—no digo en mí, sino en todos, en España—como incentivo para el renacimiento de uno de los caracteres de nuestro espíritu que hemos perdido y otros gozan al presente. Porque no todo es malo en esa fiebre de actividad y de novedad que reflejan las páginas del fecundo novelista francés; hay en ella mucha parte noble, ideal, generosa y útil. Hay el afán de saber, el sacrificio por el descubrimiento de la verdad, el desprecio de los egoísmos burgueses en aras de una causa que, en su grandeza, es común á todos los hombres: la poesía de la investigación y de la lucha por cosas que no suelen producir dinero á quien las conquista, pero de las cuales no podría beneficiarse la humanidad sin la locura desinteresada de los descubridores. España, que ha dado grandes, heroicos viajeros, geógrafos, naturalistas, reveladores de tierras nuevas, en los siglos XVI y XVII, y que perdió más tarde esa tradición (esporádicamente recordada en el XIX por un Jiménez de la Espada, un Quiroga y pocos más), bien necesita que le calienten el alma con el amor de las grandes empresas científicas que Julio Verne consagra en su capitán Hatteras y en tantos otros de sus héroes. Adviértase que Verne no es partidario de los aventureros románticos: les da una provechosa lección en *La escuela de los Robinsones*. No quiere que se juegue á las aventuras. Sus personajes las buscan por motivos serios, ó se encuentran con ellas sin buscarlas, como los de *La isla misteriosa, Los hijos del capitán Grant, El país de las pieles, Dos años de vacaciones*, etc. Y cuando llegan los momentos de prueba, notad cómo aquellas gentes saben sufrirla, cómo se expanden en ellas los sentimientos de corporación, de solidaridad, y cómo, en vez de resignarse pasivamente, trabajan por vencer la mala fortuna, reaccionan contra la Naturaleza ó contra la torcida voluntad de otros hombres, nos dan ejemplo de energía, de perseverancia, de *personalidad* ante los hechos que les cierran el camino. Todo lo cual, en los momentos presentes de egoísmo, de abandono á *fatalidades* de raza ó de medio, no es ocioso cultivarlo, y cultivarlo en la juventud, en los que han de hacer mañana la historia.

Y además de todo esto, hay lo que todos los biógrafos y críticos de Verne hacen notar, lo que más llama la atención del burgués: la vulgarización científica, la cultura suavemente infundida á través del encanto novelesco... Ya sé todo lo endeble de este sistema, las críticas á que fácilmente se presta; pero confiesen muchos de los que hacen ascos de ello, que no poco de lo que saben de geografía, de física, de ciencias naturales, lo aprendieron, antes que en la escuela ó en el Instituto, en las páginas de *Cinco semanas en globo, La vuelta al mundo en ochenta días, Veinte mil leguas de viaje submarino*... No seamos ingratos ni pedantes. Reconozcamos el valor de ese y de tantos medios inocentes de comunicar el saber. Hace poco, dos escritores franceses, los hermanos Pablo y Víctor Margueritte, después de estudiar á fondo un hecho de nuestra historia contemporánea, la *Commune* de 1871, en lugar de escribir un

libro de rigurosa exposición científica, escribieron una novela. ¿Por qué? Ellos mismos lo dicen: «De este modo hemos creído interesar, por lo que fué terrible lección del pasado—lección demasiado puesta en olvido—, á mayor número de franceses del que hubiésemos logrado atraer con el estudio extricto de los documentos.» Y notad que se trata de un hecho político, de los que más exaltan y mueven á las gentes. ¿Cómo no reconocer el valor del *utile dulci*, respecto de tantas otras cosas—la geografía, entre ellas—que cientos de hombres de cultura saben mal, ó no supieron nunca, porque no se las enseñaron cuando niños?

Pero noto que vuelvo á tratar mi asunto hablando de la masa de lectores y apartándome de aquella introspección de mi espíritu que había comenzado á realizar ante vosotros. Dejadme que vuelva á ella silenciosamente, rumiando lo que llevo escrito, evocando el mundo de mis sueños y de mis memorias, tras confesar nuevamente la pérdida inmensa que para mí hay en la desaparición de ese mago sencillo, que tantas veces supo llevarme, con el toque de su fantasía, á pensar en cosas y á renovar sentimientos que el tráfago de la vida diaria arrincona y debilita.

El libro de las tierras vírgenes

Gran parte de mi vida se ha pasado en el campo; durante mi niñez y mi adolescencia, en aquella llanura frondosa, cubierta de almendros, de algarrobos, de olivos y de rastreras viñas, que el uso tradicional llama Huerta de Alicante; luego, en la serranía madrileña, visitada invariablemente todos los domingos y *fiestas de guardar*, desde las colinas arenosas del Pardo á los macizos de granito y gneiss del Guadarrama; por último, en la costa cantábrica, batida por un mar casi siempre agitado, defendida por cantiles enormes ó por playas inmensas, que la marea baja convierte en apisonados salones de baile, de suavísimo declive, coronada por espesos pinares y praderías que agotan la gama del verde. Y he sabido gozar de la Naturaleza, olvidando, cuando á ella me entregaba, mi condición de hombre de ciudad. Siempre he buscado en ella lo más propio, lo más genuino, lo más opuesto á lo humano, yo, que en mi vida de trabajo intelectivo soy eminentemente social y no sabría ser de otro modo. Este contraste no me lo explico bien. Es uno de los puntos obscuros de mi psicología, para mí, á lo menos; mas, por lo constante, debo creer que es en mí constitucional.